

Rafael Arévalo Martínez y su Ciclo de Animales

EL 7 de junio de 1940 entré en la Biblioteca Nacional de Guatemala con objeto de saludar a su Director, el señor Arévalo Martínez. Lo hice con cierta timidez por no tener carta de presentación para él. Pregunté, y me hicieron pasar por la biblioteca al despacho donde se encontraba. Allí me presentaron a un individuo cuya personalidad me produjo una impresión inolvidable.

Sentado en un rincón de su despacho, en conferencia con un par de investigadores literarios, estaba Arévalo Martínez, hombre de cuerpo endeble —pesa menos de cien libras—, rostro afilado, ojos pequeños y hundidos de apacible mirar, bigote recortado, cejas espesas y pelo abundante con la raya al medio. Con una voz muy suave y apagada me saludó, levantándose del banco en donde estaba sentado. Trabamos conversación que duró por largo rato.

Nació Rafael Arévalo Martínez en 1884, hijo de un abogado rico de Guatemala. Su juventud, un poco solitaria, se caracterizó por “una moral muy severa”. Según me dijo padeció de neurastenia crónica desde los catorce años, mitigada seguramente por su casamiento en 1911, que le trajo el placer de la vida familiar y de una descendencia numerosa e inteligente. Hoy vive en una casa modesta, casi en el centro de la capital, con su esposa y tres de sus siete hijos. Su esposa, mujer simpática e inteligente, es, según lo dice, “su inspiración”. Arévalo Martínez va de su casa a la biblioteca a pie, y en el camino compone versos.

Entre sus libros el que más le interesa es el *Viaje a Ipanda*, “sueño de un Estado universal”. Ama la democracia. Su último libro, *Los Duques de Endor*, es un elogio de Inglaterra.

Lo extraño es que Arévalo Martínez ve en sus amigos formas zoológicas. De ahí sus muchos cuentos con este tema. Al comenzar a escribir pensaba en un "ciclo de animales" que creía acabar en pocos años, y tardó treinta en desarrollarlo. Los siete cuentos que incluye en el ciclo son: *El hombre que parecía un caballo*, *El trovador colombiano*, *Las fieras del trópico*, *Nuestra señora de los locos*, *La signatura de la esfinge*, *El hechizado* y *El mundo de los Maharachías*.

El animal irracional que se parece a un hombre en su vida instintiva, lo encontramos en muchas fábulas antiguas y en todas sus ramificaciones europeas. Varios escritores contemporáneos se han servido de este tema. Linares Rivas lo empleó en *El caballero lobo* (1910), especie de fábula dramática en que aparece un ser humano con la fisonomía de ese animal. Bien conocida también es la obra de Rostand, *Chantecler* (1910), muy parecida a la de Linares Rivas.

En estas obras tenemos una forma de antropomorfismo biológico según el cual se le atribuyen al animal características y costumbres humanas, conservando al mismo tiempo sus instintos y cualidades naturales.

Los cuentos de Arévalo Martínez no pertenecen, sin embargo, a esta literatura. Ni tampoco son del mismo tipo de los de Kafka, en los cuales hay una metamorfosis completa: Kafka convierte a Gregor Samsa en un insecto enorme. ¹

En el ciclo de animales de Arévalo Martínez hay más bien un zoomorfismo, o sea la atribución de las características del animal al hombre. Es decir, el hombre, sin dejar de ser hombre, actúa como animal. Ladea la cabeza, estira el cuello, mueve los brazos, lame la mano, etc., como lo hiciera el sér irracional que representa.

En esto Arévalo Martínez bien pudiera ser comparado con El Bosco (Jerónimo Van Aken), famoso pintor holandés (1450?-1516). El Bosco tenía una imaginación extraordinaria y en algunas de sus obras acentuó la forma bestial en el hombre, produciendo un efecto fantástico. Quevedo también se interesó en la animalogía.

Hay una semejanza entre la obra de Arévalo Martínez y el cuento *Horsie* de Dorothy Parker. En *Horsie* esta autora nos presenta a Miss Wilmarth, persona que se asemeja tanto a un caballo, que en varias ocasiones Gerald se siente inclinado a ofrecerle en su mano una manzana o un terrón de azúcar. Otras veces "su cuello se ponía de un rojo brillante y su cara, aun con los polvos, parecía

más que nunca como si debiera estar apoyada sobre el tablón superior de la valla de una caballeriza". 2

Aunque aparece el animal en otras obras de Arévalo Martínez, me limito a comentar solamente el ciclo de que me habló el autor.

Escribió Arévalo Martínez *El hombre que parecía un caballo* durante su adolescencia, cuando era "un poco romántico y no sabía nada de la vida". La neurastenia de que padeció en la adolescencia pudiera explicarse como resultado de la vida solitaria que llevó. Como todo adolescente que padece de neurastenia, indudablemente su vitalidad sería escasa; estaría siempre cansado, meditabundo y en retiro voluntario. En la juventud también es bastante común un período en el cual se siente atracción por una persona del mismo sexo, y muy a menudo esta atracción es por una persona de más edad. Cuando tenía unos dieciocho años, Arévalo Martínez conoció a un joven poeta colombiano, muy célebre en Guatemala, que él mencionó, y cuyo nombre la discreción me veda revelar. El colombiano, que tenía unos veinte años —según me dijo Arévalo Martínez—, "le deslumbró, y se verificó un raro fenómeno, como si fuera cierto que un físico espiritual se pusiese en contacto con otro". Sintió hacia él una viva simpatía.

Un día un amigo suyo le dijo que el colombiano tenía un aspecto femenino. Esto lo atribuyó Arévalo Martínez a la adolescencia de éste. Sin embargo, a pesar de su amistad con el colombiano, no podía menos de notar en él algo que le daba miedo. Al principio le pareció un ángel, pero pronto notó que tenía la faz del demonio. De repente se dió cuenta de que el colombiano le ocultaba sus vicios. Más tarde supo que era un bohemio, que bebía mucho y que era amoral.

Este desengaño afligió mucho a Arévalo Martínez. Le era imposible creer que un hombre amoral pudiese escribir versos tan sabios y hermosos como los que escribía el colombiano.

El hombre que parecía un caballo es el relato de este incidente, sacado de la vida del autor. El mismo me confesó que ésta es obra de juventud. Ahora no podría escribirla, porque con los años ha ido menguando su intolerancia.

El señor de Aretal, "el hombre que parecía un caballo", representa al poeta colombiano. Arévalo Martínez aparece en el cuento como narrador.

Cuando conoció al señor de Aretal, estaba éste “con la cabeza ladeada, como acostumbra a estar los caballos”. Al principio la semejanza se le representó de manera subconsciente. Le atraía:

El señor de Aretal era una lámpara encendida, y yo una cosa combustible. Nuestras almas se comunicaban. Yo tenía las manos extendidas, y el alma de cada uno de mis diez dedos era una antena por la que recibía el conocimiento del alma del señor de Aretal. 3

Durante algún tiempo siguió el poeta siendo la inspiración y el dios del autor, hasta que un día:

Así de pronto, en el ángel transparente del señor de Aretal, empezó a formarse una casi inconsciente nubecilla oscura. Era la sombra proyectada por el caballo que se acercaba. 4

El alcohol rompió por completo la amistad que los unía, y el señor de Aretal, de dios pasó a ser a sus ojos un hombre como los demás. Y desde aquel entonces se le parecía más a un caballo, “estiraba el cuello como caballo”, “caía como caballo”, “veía como un caballo”, “se acercaba a las mujeres como un caballo”, “se dejaba montar por cualquier espíritu”, etc.

Además de parecer un animal en el aspecto exterior, lo parecía en el interior — “era amoral como un caballo”, “ninguna mujer le había amado... la unión hubiera sido monstruosa”, “era indelicado en sus relaciones con las damas, como un animal”, “no tiene solidaridad con los hombres, ni respeto a la Ley”, etc.

Más y más se separó el autor del señor de Aretal, y a los pocos días puso fin a sus relaciones con él:

Sintió de pronto el señor de Aretal que mi mano era poco firme, que llegaba a él mezquino y cobarde, y su nobleza de bruto se sublevó. De un bote rápido me lanzó lejos de sí. 5

Y el señor de Aretal se alejó “en su veloz galope, con rostro humano y cuerpo de bestia”.

El segundo cuento del ciclo es *El trovador colombiano*, donde encontramos a León Franco, poeta colombiano, “la pobre ánima de perro callejero”. León Franco había vivido como perro bohemio recibiendo pan de distintos amos. A veces se lo daba el señor de Aretal.

Era León Franco un dulce perro familiar que se aferraba a Arévalo Martínez buscando caricias. Y para halagarle ladraba como un perro. En otra ocasión León Franco, cuando le agarró una de sus piernas con la mano, le dió al autor la sensación de la mordida de un perro. Era León Franco un can trovador; "era un buen perro grueso que se había tragado un jilguero".

El trovador ahorró dinero para salir de Guatemala. Cuando tuvo bastante para hacer el viaje, convidó a sus amigos a una comida. Allí se emborrachó y siguió bebiendo una semana, gastando todo lo que tenía — "¿cuándo un perro supo ahorrar ni tuvo virtud de la previsión?".

Por fin salió de Guatemala, porque "el buen amo del cielo repetía su dádiva". Pero esta vez sus amigos se encargaron en forma previsoramente de que saliese definitivamente del país. Después de ido, el autor lo siente aún cerca, porque "recordar es poseer":

Franco emprendió un trotecillo corto; volvió a ver a Aretal y a mí, sus amos; aulló dolorosamente; y, siempre con el mismo trotecillo corto, se perdió en la calleja vecina: la odorante Honduras. 6

Las fieras del trópico, según la nota preliminar, debió aparecer en la edición de *El hombre que parecía un caballo*, formando una trilogía con el caballo (el señor de Aretal), el perro (León Franco) y el tigre (José de Vargas). Como en aquel tiempo mandaba en Guatemala el tirano Estrada Cabrera, no lo publicó. Temían algunos amigos suyos que el tirano se viera retratado en forma de tigre. Pero este tigre pudiera ser cualquier caudillo hispanoamericano.

El tigre, José de Vargas, gobernador del Estado, era "bello como un arcángel", pero cruel como un tigre — "la vida de un cerdo yanqui en Chicago es más valiosa que la de un ser humano bajo sus garras, si lo ofende". Y cuando el autor le ofendió mientras viajaban en un *pullman*, creyó que había desengaulado a un tigre.

Vargas gobernaba el Estado desde una mesa de billar. Mientras jugaba "se le creyera un gato gigantesco con bolas de lana blanquecina". Siempre necesitaba amplio espacio para moverse, porque los tigres siempre van solos.

Arévalo Martínez nos revela el carácter de José de Vargas por medio de varias historias que muestran la crueldad de este tirano.

Un yanqui llamado Fergusson no creía que Vargas pudiera castigarle por estar bajo la protección del Tío Sam. Vargas ató el cuello del yanqui con un delgado hilo, y amarró éste al respaldo de una silla, con la amenaza de que si se rompía el hilo, le mataría. Allí permaneció el yanqui doce horas, pálido de miedo. Cuando regresó Vargas, con el fuego de un habano quemó el lazo, dejándolo libre. ¡Luego le invitó a cenar! 7

En *Nuestra señora de los locos*, la serpiente, el señor Reinaldo, conquista a la paloma la señorita Eguilaz. El licenciado Reinaldo tenía un rostro feamente hermoso, un cuerpo flácido, rugoso y “desnudo”. Era seductor; tenía ojos sensuales, acariciadores e hipnóticos. Era prudente, cauto y friamente previsor como la serpiente, y tenía la pureza de la serpiente. Era un boa constrictor.

La señorita Eguilaz era una bellísima paloma que había nacido para el amor conyugal — tan casta y amorosa. Un bachiller poeta la nombró Nuestra Señora de los Locos.

El señor Reinaldo, que la “fascinaba con sus grandes ojos llenos de sensualidad, acariciantes como una suave tela de raso claro”, la seduce. Pero el día de la boda ella se escapa y él no la vuelve a ver.

La signatura de la esfinge es “narración de J. M. Cendal”, profesor universitario. Nos cuenta él sus relaciones con Elena. Tenía ella “un rostro de mujer, amplio y definido, sobre un poderoso cuerpo de león, echado”. Como la esfinge, tenía rostro y pechos de mujer, y cuerpo y patas de leona. Cuando jugaba al ajedrez tomaba las piezas “con movimiento tan rápido, tan felino, que parecía el acto de una fiera al caer sobre su presa”.

Era tan fuerte y varonil, que para que se revelase toda su feminidad hubiera sido menester que le hiciera el amor un león, pero un león que fuese no siervo de amor sino dominante y aun más fiero que ella.

—¿Entonces, mi mal no tiene remedio?

—Un león.

—Pero: ¿es que todavía queda algún león sobre la tierra?

Puede considerarse *El hechizado* como segunda parte de *La signatura de la esfinge*. Aquí nos relata el señor Cendal cómo conoció a Elena en los Los Angeles, California, cuando apenas tenía ella

dieciocho años. Más tarde Elena vino a Guatemala. El comenzó por odiarla, y acabó por amarla — un amor platónico. Y cuando la perdió fué intensa su angustia. Inútiles fueron sus ruegos:

Elena, la nocturna cazadora, que sólo hace su presa en las tinieblas, corría hacia los espacios abiertos, llevando mi alma despedazada entre sus fauces sangrientas. 9

El mundo de los Maharachías, el último cuento del ciclo, salió a luz en 1938. En esta obra la forma zoológica de las personas tiene poca importancia. Verdaderamente es de carácter distinto a los otros. Quizás la incluyó Arévalo Martínez en este ciclo porque así termina con una obra que mejor expresa sus esperanzas de hoy día — un mundo donde vive el hombre feliz, adorando a su Creador.

Cuando volvió en sí Manuol, el narrador, del sopor producido por un naufragio y la subsiguiente fiebre, se halló en tierra de los maharachías — seres que parecían en todo humanos hasta que uno se fijaba en la cola que tenían. “Era natural en todo hombre sin cola reverenciar a las maharachías; pero después de verlas le era imposible amar a una mujer de su raza”.

Aixa, una de las maharachías, tenía toda la apariencia de un mono “a pesar de su fina belleza de mujer”. No tenía cola, porque en una operación la había perdido. Perdida la cola, perdió la esperanza de felicidad y amor en la tierra de los maharachías. Le tocó a Aixá, que era por naturaleza enfermera, cuidar del náufrago. Aixá representa el amor espiritual; la bella Iabel, prima suya, el amor sensual. La influencia de Aixá en él era “dulcemente serena; la de Iabel violentamente perturbadora”. Aixá le aconseja que evite a Iabel, porque si no, podría llegar a enloquecer.

En la tierra de los maharachías se enfermó Manuol de maharachismo — enfermedad que remata en la muerte si se le priva al enfermo, aunque sea unos minutos, de la presencia de una maharachía. Pero antes de que muriese Manuol murieron todos los maharachías, sin darle su mensaje supremo. Los maharachías habían reservado a Manuol para iniciarle en su secreta sabiduría, de la que sólo le dieron atisbos. Murieron como predijo Aixá, dice Manuol:

Acaso eran el resto de una raza mejor perdida en las estrellas...
Y acaso ahora están más que nunca cerca de mí, y me confortan en

el vestíbulo de la muerte. Sólo su presencia invisible puede darme esta resignación de que disfruto. 10

En un *post-scriptum* Arévalo Martínez cita a Darwin, que es "concluyente al respecto y presta autoridad a la verosimilitud de los maharachías".

Hay varias divagaciones en las que Arévalo Martínez expresa sus opiniones sobre un estado universal — estado que le ha interesado mucho durante estos últimos años. Estas ideas suyas las desarrolla más ampliamente en otra obra, *Viaje a Ipanda*.¹¹ La colmena es ejemplo de un estado ideal, donde cada individuo trabaja para todos. La reina gobierna solamente en cuanto es útil a la colectividad.

En el ciclo de animales, estudios psico-zoológicos, Arévalo Martínez nos revela el alma y aspecto físico de cada persona presentada por medio de la idiosincracia de un animal u otro. Sin embargo, nunca se deja de ver al individuo que el animal representa. En esto se halla el verdadero talento del autor.

Torres-Rioseco, en su interesante estudio sobre Arévalo Martínez, escribe:

Arévalo Martínez es ante todo poeta y por lo tanto purísimo intérprete de la belleza real y metafísica; su sensibilidad, fina como una cuerda de violín, vibra al menor roce de los impulsos internos o externos; su intuición le hace ver significados ocultos en los gestos, en las palabras, en los movimientos de los seres a los cuales ve con esa enorme simpatía de los espíritus que han trepado a las cumbres del cristianismo. 12

De gran importancia para el conocimiento de la obra de Arévalo Martínez es el ser poeta y amigo de Rubén Darío. Para Arévalo Martínez, Rubén Darío no es solamente el poeta más grande de América, sino uno de los más grandes que el mundo ha producido. El estilo modernista de Arévalo Martínez muestra, sin duda alguna, la influencia de Darío.

El ciclo de animales nos da un excelente panorama de la evolución del estilo y de las ideas de Arévalo Martínez, porque en ellas le seguimos desde sus primeros años de actividad literaria hasta el presente, desde que era un joven intolerante y romántico hasta convertirse en hombre serio y filosófico.

Durante los largos años de su crónica enfermedad, dió poco a poco fin a los siete cuentos. Me manifestó que le alegraría mucho verlos publicados en un solo volumen, porque estos cuentos representan la realización de las esperanzas de su juventud.

ALBERTO R. LOPES,
*Universidad de New Mexico,
Albuquerque, New Mexico.*

NOTAS

1 Véase el interesante estudio sobre Franz Kafka de Philip Rahv en *The Kenyon Review*, Winter, 1939, pp. 60-74.

2 Parker, Dorothy. *Here Lies*, New York, The Literary Guild of America, Inc., 1939, p. 143.

3 Arévalo Martínez, Rafael. *El hombre que parecía un caballo y Las rosas de Engaddi*. Guatemala, Tip. Sánchez y De Guise, 1927, p. 12.

4 *Ibid.*, p. 14.

5 *Ibid.*, p. 25.

6 *Ibid.*, p. 56.

7 Compárese para una situación parecida la famosa entrevista de Villa y Obregón, bien descrita por Luis Araquistáin en su libro *La revolución mejicana*, (Madrid), Renacimiento.

8 Arévalo Martínez, Rafael. *La signatura de la esfinge*, Guatemala, Imp. "Electra", 1933, p. 32.

9 *Ibid.*, p. 53.

10 Arévalo Martínez, Rafael. *El mundo de los maharachias*. Guatemala. Unión Tipográfica, 1938, p. 116.

11 Reseña de L. Lomas Barrett en R. I., núm. 5.

12 Torres-Rioseco, Arturo. *Novelistas contemporáneos de América*. Santiago, Editorial Nascimento, 1939, p. 420.

